

Clemencia, como maestra, poseía el don de comprensión de sus discípulas. Hojeando un diario suyo muy reciente, siento mi incapacidad para juzgar su labor. Me sorprende encontrar en ella un sentimiento de belleza notorio. Tenía una sensibilidad exquisita y una perfecta idea de la armonía, de la armonía en los colores, en el sentimiento, en la naturaleza. Educaba con el estímulo de los sentidos. Clemencia se internaba en el alma de sus discípulas. En una de las notas del diario de clases aparece esta maestra buena, invitando a sus alumnas a comparar la belleza de cada uno de los parques de la ciudad. «El Parque España, con su terraza desde donde se pueden contemplar en tibias tardes las puestas de sol»; un variado conjunto de colores llama su atención: el verde intenso del zacate que parece teñido con anilina; los vivos colores de los trajes de las mujeres, y el incendio raro de los celajes a la hora de la puesta del sol.

Juzguemos qué clase de joya falta hoy en nuestro tesoro: sabía enternecer y sabía entretener a grandes y a pequeños.

Dolorosamente recordamos en este momento que hace apenas unas pocas mañanas de asamblea en nuestra escuela, nos conmovió y nos dió la sorpresa con las palabras que brotaron de la sinceridad de su alma, al despedir a la compañera que se alejaba, y que era la nota alegre de la escuela. Dulce sorpresa nos causó su palabra elocuente y magnífica; hizo un elogio exacto y bien sentido de la compañera que se alejaba; ignorábamos hasta ese día que Clemencia poseyera el don arrebatador de la expresión limpia y excelente del lenguaje y del sentimiento; hoy, nuestra compañera, desde lejanas tierras sentirá la espina del dolor clavada en su alma al saber que la despedida se la hizo Clemencia a sí misma.

Una de las cosas a las cuales demostró una afición fué para narrar cuentos a los niños y a los grandes. Colaboraba en la Hora del Cuento que acogió don Joaquín García Monge en la Biblioteca Nacional; se me viene a la imaginación verla entrar allí los jueves.

Uno a uno podríamos sacar dentro de esa vida preciosa detalles que nos hacen amar con mayor intensidad su recuerdo. Motivo de sobra tenemos para sentir que falta una nota harmónica en nuestra vida escolar; vanamente buscamos a Mencha en estos rincones queridos; el Edificio Metálico es sagrado casi, porque encierra en sus aulas el acento dulce de su voz y la huella de sus leves pisadas!

HELIA DITTEL

Se fugó la Pastora

En la muerte de Mencha González,
Pastora Espiritual

¿Quién te cortó de la rama
que no estás en el rosal?

ALVAREZ QUINTERO

Pastorcilla mañanera,
hoy no fuiste a la pradera.
¿Qué será
que la brisa no ha batido
como siempre, sin ruido,
tu impoluto delantal?

Como un pájaro altanero
de alas grandes, tu sombrero
de percal
no desplegó la bandera
de tu hermosa cabellera
frente a la gloria solar.

Tu cayado enflorado
¿a qué rincón del olvido
fué a parar?
Tus ovejas ya no saltan,
están quietas, ya no exaltan
tus encantos al balar.

¿Por qué tu voz argentina
no alegró la matutina
claridad?
Pastorcilla... ¿A dónde has ido?
¿No respondes! ¿Se ha dormido
para siempre tu anhelar?

Pastorcilla que has dejado
en el prado abandonado
tu armiñado delantal...
salo ha quedado el rebaño.
¿Quién pudo hacer tanto daño
dejándolo en orfandad?

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

2 de noviembre de 1925.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los colaboradores que hallen acogida en sus columnas, opinan con suma libertad. Sin que esto implique que su editor haga propias las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz
y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Don Miguel Samper...

(Viene de la página 168).

no hubo cuestión alguna importante para el país que él no estudiara a fondo, hasta agotar la materia; aduanas, salinas, tierras baldías, crédito público, impuestos, vías de comunicación, ferrocarriles, canal de Panamá, bancos, Banco Nacional, desamortización de bienes eclesiásticos, importaciones, exportaciones, comercio interior y fronterizo, papel moneda y curso forzoso; sobre todo eso dejó el señor Samper estudios completos, llenos de datos y observaciones atinadas, que constituyen la historia fiscal y económica de la República.

Y es aquí de notarse que habiendo escrito tanto y sobre tan diversos asuntos, jamás se le vió enredado en polémicas personales, ni dejó escapar de su pluma concepto alguno injurioso para nadie. De los agravios recibidos hacía caso omiso, seguía imperturbable su camino, diciendo la verdad y combatiendo el error, fija de continuo la vista en la patria. De nuestros escritores públicos sólo sabemos de él, de don Mariano Ospina y de don Rafael Núñez que se hayan distinguido por esa nota de absoluta impersonalidad.

No menos admirable es el señor Samper por el valor de sus convicciones. Aunque culto y moderado en la forma de sus escritos, los ataques que él dirigía a las arbitrariedades de los gobiernos, a las malas prácticas y artes de los partidos, iban demasiado a fondo, para que pasaran inadvertidos por los que tenían en su mano los medios de tomar venganza en el momento oportuno. El señor Samper no ignoraba—y así lo decía—que cada una de aquellas campañas que sostenía en pro de los intereses comunes, era una letra girada sobre su casa de comercio, pagadera al estallar la próxima revolución. Llegado el plazo fatal, la letra era presentada y el girado—que no había cesado de trabajar por la paz—la cubría sin regatear, sin pedir siquiera término de gracia, y volvía tesonero y brioso a la labor.

En ella no se dió descanso, ni aun en los postreros años de su vida, cuando ya se sentía quebrantado y achacoso. Era presentarse una nueva e importante cuestión para el país, y al punto aparecía su contingente de experiencias y de luces. Sus últimos escritos sobre la prórroga a la compañía del canal de Panamá, se publicaron en los precisos momentos en que se preparaba a partir para Anapíma, herido ya por la enfermedad que lo llevó al sepulcro.

Pasma y admira tal vigor intelectual, en una edad que aquí sobreviene